

MODERNIDAD, AMÉRICA LATINA Y CIENCIAS SOCIALES

La producción del conocimiento de la sociedad en América Latina

Rafael Romero Castellanos*

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Resumen.- La estructura interna de las ciencias sociales es dual: se organiza a partir de dos tradiciones, una de corte científicista, la otra humanista. El desarrollo y evolución de las ciencias sociales responde a un movimiento pendular entre las dos tradiciones. En cada espacio social particular, este movimiento adquiere diversas formas y posibilidades. La historia de la producción de conocimiento de la sociedad en América Latina advierte la heteronomía de la ciencia social frente a la política y al mercado. El desafío de la ciencia social en América Latina consiste en construir un punto de observación válido desde donde responder a los desafíos que la segunda modernidad ofrece a los productores de conocimiento de la sociedad.

I. MODERNIDAD Y CIENCIAS SOCIALES

El mundo de la ciencia moderna

La ciencia no es una cosa, es un mundo. Existe como producción de conocimiento científico: en su definición básica se encuentra la superación del conocimiento vulgar. Esto se logra con la “ruptura epistemológica”, acto de separación con el sentido común. Las descripciones científicas de la realidad poco o nada tienen que ver con sus representaciones cotidianas y habituales. Buscan iluminar, “traen un mundo a la mano”, hacer visibles aspectos de la realidad que no están disponibles a la mirada simple, ingenua y directa. Emerge el mundo de la ciencia, producto de una ruptura, de un divorcio, de una separación. Pero esto es más una pretensión que una realidad. Y por eso estimulante: es en lo posible, no en lo real, donde emerge el sentido. Este es siempre inactual, nunca alcanzable. Lo real es la huella del fracaso de lo posible, el rastro del esfuerzo humano por alcanzar su autonomía. La utopía que nos mueve siempre está “más allá”. Así, la utopía científica nos impele a observar por fuera del mundo del sentido común: la selva

*Quito, mayo de 1974. Estudios de gramática y literatura, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (1992-1993). Estudios de Sociología y Ciencias Políticas, Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador (1995-1999). Licenciatura en Sociología y Ciencias Políticas (2001). Estudios de Maestría, Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador (2002), tesis en tribunal. Profesor de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la PUCE (2008) Ex profesor de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, y de la Facultad de Comunicación Social, Universidad Central del Ecuador. Colaborador de la Revista Ciencias Sociales. Investigador Asociado de la Estación Científica Juri Juri Kawai Universidad Central del Ecuador. Especialista. Investigador social independiente. e-mail: rafaromero74@yahoo.com
Registro de Consultor Individual: 1-07127-CIN

no es la selva, sino un ecosistema; el capitalismo no es el capitalismo, sino un modo de organización económico-social.

El sentido común aparece como cárcel, celda, reclusión: hay que salir de sus ataduras, o de sus seducciones, si se lo identifica con la comodidad de las interpretaciones comunes, de la seguridad de lo habitual, de la costumbre, de lo natural: para liberarnos de estas ataduras, la ciencia moderna propone desnaturalizar la realidad, volverla “objeto de observación”, objetualizarla. El mundo de la ciencia está plagado de “objetos de conocimiento”; estos no son naturales, sino contruidos. Son el producto de la actividad de un sujeto, y por eso, el resultado de una conquista, no de una revelación –el ser sólo se muestra en la actividad del sujeto, en este sentido, la realidad es co-producida por el sujeto. La apertura del ser del mundo de la ciencia sólo es posible en el medio de una “práctica” que no es ni gratuita, ni espontánea; todo lo contrario, la actividad del sujeto-observador de la ciencia moderna es dirigida, controlada, vigilada, en una palabra, responsable: tiene que dar cuenta de la desnaturalización de la realidad con la que opera.

En la modernidad, el mundo de la ciencia se configura como esfera de sentido y de acción autónoma, producto del proceso de diferenciación y especialización funcional. Su principal destino es la elaboración de observaciones científicas sobre la realidad: enunciados objetivos y racionales del fenómeno observado que permitan deducir nuevos fenómenos, relacionar unos con otros, predecir su ocurrencia; esto último es condición de posibilidad para la aplicabilidad técnica del conocimiento científico: no sólo se trata de anticipar lo que está por venir, sino de producirlo o evitarlo, en lo micro y en lo macro: cómo contar con fuego al instante –todavía las comunidades amazónicas se sorprenden de las fosforeras– cómo anticipar un tornado o un terremoto. La tecnología no es otra cosa que la aplicación práctica de los resultados del esfuerzo científico en esferas de sentido y de acción distintas a la de la ciencia. De esta manera el conocimiento científico busca devolverle a la realidad un poco de lo que le robó al objetualizarla, pero las cosas no siempre resultan como uno quiere. La utopía es socavada por la realidad: cuando más creemos poder controlarlo todo, más afloran las consecuencias no deseadas de nuestros actos de poder y conquista de la naturaleza.

La comunidad de productores de conocimiento científico

Los productos de la actividad científica no le pertenecen a individuo alguno; son un hecho colectivo, comunitario, social. Se trata de la comunidad de productores de conocimiento científico, de subjetividades enlazadas y alineadas alrededor de una figura: la del observador científico, de un sujeto capaz de “aprehender

intencionalmente los contenidos de la conciencia”¹. Y la observación científica es un acto de alta intencionalidad, cargado de reflexión, de conciencia sobre sí mismo: requiere de un punto de vista, no único, sino plural, diverso, contingente, y de un método, para controlar el procedimiento y la práctica conforme, afín, responsable con la perspectiva cognitiva adoptada. El observador del mundo de la ciencia es subjetividad autocontrolada; es su esfuerzo, su praxis, pero también la imposibilidad de su autocontrol total, lo que le permite construir el punto de vista y ejecutar el procedimiento. Para no perderse en una producción nihilista, los autocontroles del observador requieren reforzarse; para ello los individuos absorben orden del entorno, de la comunidad: no todo está permitido, la censura es una forma de negentropía social. La subjetividad autocontrolada del observador científico solo es posible en el hecho comunitario, no en la mónada de la individualidad, del capricho o la vanidad personal. El observador científico está incrustado en el orden de lo social; es agente, sujeto, actor. La ciencia es una práctica social.

Está hecha de sujetos que se reconocen como parte de una comunidad científica que en la academia se reproduce. Allí se genera el conocimiento científico, se recluta a sus miembros, se construye y transmite una tradición, pero también se impugna conclusiones anteriores, se explora nuevos métodos de observación, se sufre y cuestiona lo aprendido y validado. La actividad científica es la actividad de una comunidad, de un conjunto de hombres que a partir del reconocimiento de un conjunto de valores y principios comunes –los valores y principios científico-racionales– emprenden empresas de conocimiento. La acción de esta comunidad científica define un ámbito de sentido y acción –la ciencia–, y un campo de producción particulares –el campo de producción de conocimiento científico. Quienes actúan dentro del ámbito de la ciencia se orientan por los valores y principios de la comunidad científica a la que pertenecen. Al ingresar en ella, se produce una separación: la adopción de una perspectiva cognitivo-valorativa diferente a la del resto de sistemas de la sociedad. La diferencia cualifica a los sujetos, les otorga una posición, un lugar de enunciación; pero también los ata a sus exigencias, a sus demandas, a sus rituales.

Y los resultados de la observación científica están en estrecha relación a esta atadura, a los presupuestos desde dónde se realiza la observación, desde dónde se la practica y valida. Para que el objeto –lo observado– se muestre, es necesario de la actividad de un sujeto –el observador. Es un sujeto que distingue a partir de un punto de vista. Antes de la observación, y para que ésta tenga lugar, es necesario de un acto de selección de la perspectiva cognitiva, del punto de observación y enunciación, de los presupuestos de la acción y observación científica. Emerge el punto de vista. Esto se da a varios niveles y temporalidades. Abrazar la ciencia significa adoptar un punto de vista distinto al del sentido común, o al del conocimiento religioso o estético. Y al interior de este ámbito diferenciado,

1 La intencionalidad es comprendida aquí como capacidad y acto de aprehensión, y no como expresión de la voluntad, Thomas Luckmann, , *Teoría de la acción social*, Paidós, Barcelona, 2003, p. 24.

la mirada del observador científico asume más diferencias: se configuran los ámbitos objetuales de las ciencias particulares. Trabajar sobre primates no es lo mismo que estudiar la resistencia del acero o la disolución de las formas tradicionales de la familia burguesa. Se trata de un juego de distinciones y selecciones que posibilitan y orientan la actividad científica. Y que funcionan de espaldas a los sujetos-observadores científicos. Es otra forma en la que la realidad se venga: si el conocimiento científico busca romper con el “sentido común”, éste vuelve como paradigma.

Modernidad, diferenciación funcional y ciencias sociales

El mundo de la ciencia moderna, como espacio de producción de conocimiento científico, es producto de la diferenciación funcional que acusan las sociedades contemporáneas. Este proceso, que tiene sus orígenes socio-culturales en Europa Occidental, se extienden a todo el globo a diferentes ritmos, temporalidades y realizaciones históricas particulares. La modernidad, con ser un fenómeno particular, se universaliza. Y con ella se universaliza la experiencia de fragmentación y desgarramiento de la unidad del mundo, de la comunidad primigenia, de la experiencia de totalidad. La evolución socio-cultural vía diferenciación funcional rompe con el sentido de unidad del universo social para abrir paso a un mundo desgarrado en funciones específicas: diferenciar lo particular según la función que cumple en la totalidad, especificar su tarea, su contribución específica. La totalidad se pierde en este recorrido, y habrá que reconstruirla. Pero a partir de qué fundamentos, si el principio de unidad total quedó fragmentado en funciones, en ámbitos de sentido y de acción diferenciados, cada uno con un destino pretendidamente autónomo.

La integración social en condiciones de diferenciación funcional parte de las relaciones entre las diferentes esferas de sentido y de acción: articulación de un todo social a partir de mundos funcionales. Cada uno con una perspectiva propia desde donde busca organizar el todo: lucha de valores-funciones, de puntos de vista, de perspectivas cognitivo-valorativas. ¿Qué es más importante: la economía, la política, la cultura? Importa las relaciones entre ámbitos de sentido y de acción, pero también importa saber las pautas específicas que toman esas relaciones, marcadas por jerarquías, relevancias y significaciones particulares. Y marcadas también por la fatalidad de la historia, del tiempo, del cambio y la irreversibilidad. Junto a la atomización del universo social en mundos especializados y de especialistas, emerge la complejidad del mundo: horizonte de sentido en donde se rearticula la unidad perdida de la tradición, respuesta constructiva frente a la negatividad de la incertidumbre y el caos. La realidad es compleja y el futuro incierto.

El principio de la diferenciación funcional e integración estructural como patrón de organización marca la ruta moderna de complejización del universo social. La atomización generada por la especialización es contrarrestada por formas, niveles y grados de acoplamiento estructural entre los distintos mundos de sentido y de

acción. En una suerte de ajustes contingentes, precarios, de equilibrios dinámicos, economía, política, ciencia, arte, religión, cada uno busca afirmar su derecho a un lugar, a un punto de enunciación, a una perspectiva propia, autónoma. En medio de esta pugna valorativa, la ciencia se posiciona como un punto de vista objetivo, neutral, y sin embargo, con poder de transformación de la realidad en su versión tecnológica, lo que ha hecho de sus hallazgos y logros instrumentos del poder y del dinero. La objetividad de la ciencia es un proyecto, y nada más; un ideal, una horizonte, un principio. No es realizable, pero debe presuponerse, como fundamento y condición de posibilidad de un observador responsable, no arbitrario.

La posibilidad de neutralizar intereses y valores como presupuesto de la observación científica permite la mirada crítica, ver lo que los otros no ven, o no quieren ver, ser incómodo al poder, a la conciencia habitual, establecida, consabida. La ciencia es el producto de una ruptura, incomoda, perturba; nos hace hacer cosas que antes no podíamos hacer, o imaginar; cuestiona lo histórico-natural, lo enfrenta a su contingencia. Esto ocurre sobre todo con las ciencias sociales: el conocimiento generado por las ciencias físico-naturales es menos incómodo a los modos de consideración político-económicos. Y esto por la constitución y naturaleza de las ciencias del hombre. Su afirmación al interior del campo científico es reciente: los esfuerzos de construcción metodológica² operados por los clásicos de la sociología a finales del XIX e inicios del XX posibilitaron la afirmación final de la ciencias sociales con objeto y método de estudios propios, y bajo los parámetros de la ciencia moderna.

Para que las ciencias sociales contaran con un estatuto epistemológico propio dentro del campo de la ciencia, tuvieron que dar una respuesta adecuada a la naturaleza escurridiza de su objeto. La realidad social es reacia a su objetivación, pues el sujeto-observador está “dentro y fuera” de la realidad observada, y en esta medida le afecta, no sólo por la alta subjetividad involucrada en el estar “dentro y fuera”, sino por el carácter reflexivo del conocimiento que produce: el conocimiento sobre lo social transforma en el mismo acto de observación lo observado. Las dificultades por abordar de forma objetiva la realidad social es evidente. El esfuerzo por dar una salida estuvo marcado por la confrontación entre dos tradiciones³: la una ligada a la producción ensayística, un saber de corte más filosófico y humanístico, y la otra de vocación científicista, vinculada al modelo de racionalidad causal-explicativa de la ciencia moderna. En el debate metodológico de las ciencias sociales estas dos tradiciones se hacen presentes en la distinción entre explicación y comprensión. Los esfuerzos por brindar una explicación causal-racional del mundo humano a partir del modelo de la física y la matemática fracasaron. La realidad humana está articulada por el sentido, y este es siempre

² Ver la Introducción de Pietro Rossi a en Weber, Max., *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrotu editores, Buenos Aires, 1973, y Habermas, Jürgen, *La lógica de las Ciencias sociales*, Tecnos, Madrid, 1988, en particular “Un informe bibliográfico (1967): La lógica de las ciencias sociales”.

³ Para una referencia desde la sociología, ver Morin, Edgar, *Sociología*, Tecnos, Madrid, 1998

escurririzo a la formalidad matemática. La actividad cognitiva que permite la apertura del sentido, su cognición, es la comprensión: captura del sentido vía interpretativa-fenomenológica. Se trata de “explicar” la vida social “comprendiéndola”.⁴ Las ciencias físico-naturales ya no tienen nada que reprocharles a las ciencias sociales. Y éstas tendrán que afirmar constantemente su derecho de objetividad y validez científica frente a aquellas, en una búsqueda permanente por superar el complejo de inferioridad que marca su llegada tardía al campo científico.

Con la conformación de las ciencias sociales se ha hecho efectiva la distinción cognitiva entre juicios de valor y juicios de hecho, posición política y observación científica, ensayo político-filosófico e informe económico-social. Pero toda distinción es una frontera, y toda frontera una guerra. Con la llegada de la ciencia social, las cosas no mejoran para el conocimiento de la sociedad. El punto de vista desde donde se construye conocimiento de la sociedad se desdobra entre la condición existencial del sujeto-observador y la mirada fría del observador-sujeto. El conocimiento de la sociedad se enfrenta a sí mismo: cuál es el valor social de la objetividad, qué validez tiene el juicio objetivo en una realidad hecha de subjetividad. La objetividad de las ciencias sociales siempre será motivo de cuestionamiento, pero es esta debilidad la que le hace impugnar la realidad de forma crítica: la comprensión del sentido coincide con su apertura a un sujeto activo, capaz de imaginar de forma creativa y reflexiva modelos desde donde cuestionar la realidad establecida como natural.

Las ciencias sociales llegan tarde al campo de la ciencia moderna. Esto marca su reconocimiento socio-institucional: primero están las ciencias físico-naturales, y en segundo lugar las sociales. Y éstas cuentan con una articulación ambigua, tensa: al interior del campo de las ciencias sociales, dos tradiciones en pugna por afirmar su derecho, por imponer un modo de abordaje de lo social: la reflexión utópico-social y la objetividad científico-técnica; los ajustes mecánico-explicativos de la tradición científicista se topan con la creatividad de la reflexión utópica, el intento científicista de cosificación de la realidad es impugnado por la apertura del ser de lo social que la conciencia crítica promociona. De esta forma, la relación entre las ciencias sociales con otros subsistemas de la sociedad, su forma de acoplamiento estructural, está condicionada por la marca de origen impuesta por la llegada tardía de las ciencias sociales al campo científico: ser el hermano menor, y como todo último miembro de la familia, caprichoso y rebelde, que no deja de aspirar a ser como sus hermanos mayores, las ciencias físico-naturales, pero que a la vez sospecha de sus logros, duda de sus alcances, cuestiona su pertinencia para abordar universo de lo social. Y son estas condiciones estructurales las que marcan la pauta específica de articulación socio-cultural de las ciencias sociales

⁴ Según la célebre definición de la sociología de Weber, en *Economía y Sociedad, Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México, 2da edición, 1964, p. 5. (1964: 5). Aquí se inicia una tradición sociológica que encuentra un desarrollo muy particular en la obra de Alfred Schütz, quien desarrolla los postulados weberianos de la acción social desde la fenomenología. Para un panorama histórico-conceptual contemporáneo, ver Luckmann, Thomas, *Teoría de la acción social*, Paidós, Barcelona, 2003

en las particularidades históricas de cada región y país. En la América Latina post-colonial y moderna, la pauta de articulación estuvo marcada por las exigencias de la política y la economía: modernización y conformación de los Estados-Nacionales, revolución, democratización, libre mercado.

II. AMÉRICA LATINA Y CIENCIAS SOCIALES

De las necesidades modernizadoras de las jóvenes naciones latinoamericanas a los imperativos políticos del compromiso revolucionario

Para hacer soportable el vivir en sociedad, inventamos relatos sobre lo que nos une: una prohibición, una marca, un destino. Estos relatos están cargados de sentido y son productores de sentido: no sólo buscan reproducir la realidad, sino que la producen. Somos lo que decimos ser, pero nuestro decir es siempre colectivo: somos los relatos que compartimos y sufrimos con los otros. Estos relatos que traban lo colectivo son objeto de elaboración y manipulación social. Y lo han sido mucho antes de que las ciencias sociales alcanzaran su estatuto epistemológico. Siempre se ha producido conocimiento sobre la sociedad, pero no siempre ha sido posible producir un conocimiento científico. Esto es posible para el siglo XX en adelante. Y antes?

En América Latina la producción de conocimiento de la sociedad estaba a cargo del grupo de intelectuales⁵: filósofos, ensayistas, literatos. Su producción se caracterizaba por la crítica reflexiva –impugnación de los órdenes establecidos–, antes que por la fría descripción de los hechos –reproducción mecanicista de lo real. Se constituye la pauta de acoplamiento entre el campo latinoamericano de producción de las ciencias sociales y sus sociedades: la producción intelectual en función de la modernización política, tanto en su versión conservadora⁶, como en la liberal. De un lado los Sarmiento, del otro los Martí. Fueron las exigencias de la modernización político-institucional, independentista y descolonizadora, las que marcaron el pulso de la producción intelectual en América Latina hasta la primera mitad del siglo XX. La figura de esa producción: el intelectual generalista⁷. El ensayo literario, la forma privilegiada. Se trata de grandes ensayistas, con una amplia formación humanística. De ninguna manera especialistas, sino forjadores de horizontes sociales totales para las jóvenes naciones latinoamericanas.

En los 60 y 70 del XX, la llegada de las jóvenes ciencias sociales al campo intelectual latinoamericano modifica los jugadores y las reglas de juego de la

⁵ Mansilla, H.C.F., Intelectuales y política en América Latina, Breve aproximación a una ambivalencia fundamental, en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H.C.F., (ed.), *Intelectuales y política en América Latina, El desencantamiento del espíritu crítico*, HomoSapiens ediciones, Rosario, 2003, p. 21

⁶ El caso de la intelectualidad colombiana es ilustrativa al respecto, ver Uricoechea, Fernando, Los intelectuales y la política en Colombia, en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H.C.F., (ed.), *Opus Cit.*, p. 59

⁷ Mancilla, H.C.F., *Opus Cit.*, p 23

producción de conocimiento. Junto al ensayo crítico-reflexivo, el informe científico-técnico: dos tradiciones, dos prácticas, dos productores. Esto sucede al interior de campo, no en sus relaciones medioambientales: la pauta de acoplamiento con los otros subsistemas de la sociedad se mantiene. La relevancia de los fines, problemas, teorías y métodos internos al campo de las ciencias sociales latinoamericanas se establece por fuera de él. La heteronomía persiste. Lo que cambia son las exigencias de la sujeción: de las necesidades modernizadoras a los imperativos revolucionarios. El debate se reanima: describir la sociedad o transformarla. Y la balanza se inclinó por la revolución. Cuba⁸ era la muestra histórica de tal realidad: hito político-revolucionario, pero también ético-estético-cognitivo. La revolución era bella, justa y verdadera.

Este acontecimiento político va a constituirse en acontecimiento originario, marca de origen para la remisión de sentido de la producción moderna del conocimiento de la sociedad en Latinoamérica, y que se configura como dilema entre producir un conocimiento científico que contribuya a la revolución, al cambio y la transformación social, o un conocimiento que describa y reproduzca la realidad social, que mantenga los órdenes establecidos. La ética-política del compromiso inunda el debate interno de las ciencias sociales⁹. La jerarquía del patrón de acoplamiento se muestra en la heteronomía del campo: las exigencias del compromiso con la revolución no sólo orientan los temas, sino que imponen los criterios de validación científica. Es conocimiento verdadero aquel que contribuya a la revolución y a la conformación de los estados nacionales. Pero no sólo verdadero, sino ético-moral, justo y bello. La tradición ensayística se refuerza. Se reconoce el poder del discurso en la articulación social, sea para conservarla –el poder del gobierno– o para transformarla –el poder de la revolución. Escribir es un acto político-intelectual.

Esta falta de autonomía en la constitución del campo latinoamericano de producción del conocimiento de la sociedad encontró su expresión ideológica en los años 60 y 70 en la distinción entre ciencias sociales críticas y ciencias sociales funcionales: las primeras orientadas hacia el cambio y la transformación, que corroen al sistema, las segundas dispuestas al servicio de los órdenes establecidos. De ahí dos figuras típico-ideales de productores de conocimiento de la sociedad: la del “intelectual comprometido” y la del “consultor profesional”. El primero, crítico y de izquierda; el segundo, reproductor del orden y de derecha. El abismo del destino los separa: al uno le corresponde dar conciencia crítica a las

⁸ Casullo, Nicolás, “La cuestión del intelectual”, en la revista *Pensamiento de los confines*, número 14, junio del 2004, p. 49

⁹ Este sentido de responsabilidad ético-política que marca el período es reconocido como común denominador de la producción de conocimiento de la sociedad en Latinoamérica. Para esto remito a los trabajos compilados en Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H.C.F., (ed.), *Intelectuales y política en América Latina, El desencantamiento del espíritu crítico*, HomoSapiens ediciones, Rosario, 2003; la Conversación sobre intelectuales, política y democracia, en *Pensamiento de los Confines*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, número 14, junio del 2004; para el caso ecuatoriano, Polo, Rafael, *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*, UASB-Sede Ecuador-ABYA-YALA-CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, Quito, 2002.

masas atrapadas en los fetiches del sistema –sea a través de la producción académica, y si es del caso, en la práctica política, incluso militante– mientras que a los otros les corresponde trabajar en la reproducción del sistema como consultores o relacionadores comunitarios. El campo de producción de conocimiento de la sociedad se debate entre el ensayo socio-político y el informe científico-técnico.

Pero las relaciones entre las dos figuras típico-ideales no son simétricas, sino jerárquicas: al intelectual comprometido se le reconoce mayor valor social que al experto. Y al hacerlo se reconoce la fuerza y valor de la tradición ensayística sobre la tradición científico-técnica. En estas condiciones estructurales se produjo una suerte de “olvido cognitivo” que funcionará como esquema de subordinación en la forma de producción de conocimiento de la sociedad en Latinoamérica: el valor de la objetividad científica se subordina a la verdad político-revolucionaria, la ciencia social está por detrás de la política y la política se define como compromiso total: cognitivo, ético-moral, estético. De ahí que durante los 60-70 los espacios institucionales de producción de conocimiento –universidades y centros de investigación– hayan sido territorializados por el intelectual comprometido¹⁰. Esto posibilitó la introducción de valores y comportamientos propios de la política, la de ese momento, de la guerra fría, de la oposición binaria entre capitalismo y socialismo, de la revolución, la del amigo-enemigo. Se marcó una frontera con los expertos, que por estar por fuera del horizonte de la revolución, no pertenecían a la comunidad académica, o eran hermanos menores, en algún grado investigadores talentosos, pero no creadores de conocimiento científico-revolucionario. Muchas prácticas excluyentes fueron ejercidas por los intelectuales comprometidos, su intolerancia cognitiva¹¹ era producto de la violencia política, una lógica ajena a la ciencia: se impuso la diferencia entre ciencias sociales críticas, de izquierda, y ciencias sociales funcionales, de derecha. El bien frente al mal, dos reinos opuestos y excluyentes, dos combatientes mortales.

Democracia y tolerancia cognitiva: transformaciones de las prácticas del campo

En las décadas de los 80 y los 90 el horizonte se oscurece para el intelectual comprometido¹², quien tuvo que confrontarse con el derrumbe de sus referentes histórico-intelectuales, mientras que se aclara para el experto, que jugó de agente de modernización institucional bajo las exigencias de las reformas estructurales de corte neoliberal¹³. El péndulo oscila: el ensayo pierde fuerza frente a la urgencia del informe técnico. Las demandas de la política se identifican con las demandas del mercado: el minimalismo institucional de la “política” neoliberal anula las

¹⁰ Hernández, Rodríguez, Rogelio, Los intelectuales y las transiciones democráticas, Hofmeister, Opus Cit, pp. 52-52.

¹¹ *Ibid.*, p 55.

¹² Casullo, Nicolás, “La cuestión del intelectual”, Opus Cit., 60.

¹³ Arrosa Soares, María Susana, Los intelectuales latinoamericanos: ayer y hoy, en Hofmeister, Opus Cit, p. 264

mismas posibilidades del ejercicio de “la política” en nombre de la economía de libre mercado. La “noche neoliberal” marcará la producción de conocimiento de la sociedad al brindar mayor relevancia social al trabajo del experto, del especialista, del científico. Es el boon de los consultores para América Latina, de un conocimiento que se produce bajo demandas técnico-políticas, pero también técnico-económicas.

Ya no sólo el ámbito de la política, sino también el de la economía, ejercen una presión sobre la lógica interna de las ciencias sociales latinoamericanas. Esto hace que la jerarquía pase de la figura del intelectual comprometido a la del consultor experto. El discurso de la sociedad elaborado por aquel pierde relevancia y es tipificado como improductivo y retórico. Se necesita de un conocimiento experto y aplicado, elaborado por especialistas y tecnólogos. En los 90, la emergencia de los movimientos sociales latinoamericanos activa la tradición ensayística de las ciencias sociales, pero no la vuelve dominante. El péndulo se ha movido de la tradición ensayística a la tradición científicista. Y este desplazamiento trajo consigo cambios en las “prácticas sociales” del campo de producción de conocimiento de la sociedad en América Latina.

De la radicalidad revolucionaria se pasa a la tolerancia democrática como lógica interna de funcionamiento y producción de las ciencias sociales latinoamericanas¹⁴: en los 60-70 son los imperativos revolucionarios y de formación de los estados nacionales los que marcan el pulso de la producción de las ciencias sociales; en los 80-90, las exigencias democratizadoras y modernizadoras vía reformas estructurales de corte neoliberal. El desmonte de los regímenes dictatoriales y la emergencia de las democracias latinoamericanas modernas, vigiladas y transadas, significó la aceptación socio-cultural de valores democráticos que promuevan formas de convivencia y producción social pacífica y libre. En el ámbito de la producción de conocimiento de la sociedad en Latinoamérica se produce un consenso entre las dos figuras típico-ideales: intelectuales comprometidos y consultores reconocen como piso común los ideales democráticos y modernizadores. Las prácticas excluyentes e intolerantes ejercidas dentro del campo se abandonan y en su lugar se exige de actitudes de respeto, apertura y tolerancia cognitivas. El discurso militante y revolucionario deja el paso a un discurso objetivista, consensual y democrático. Esta transformación de los valores y las prácticas internas del campo de las ciencias sociales latinoamericanas tuvo un codificación semántica entre la versión revolucionaria que denunciaba la cooptación de los intelectuales por el poder y la versión científicista que anunciaba la tan esperada profesionalización del productor de conocimiento de la sociedad en América Latina.

El paso de un horizonte político-social revolucionario –años 60-70– a uno de carácter democrático y tecnocrático –años 80-90– abrió una oportunidad de afirmación de la autonomía interna del campo de producción científico en el conocimiento de la sociedad. Las exigencias político-económicas de estas

¹⁴ Ibid., p. 259.

décadas dieron mayor relevancia al conocimiento científico-técnico, instrumentalista, con altas posibilidades de aplicabilidad empírica inmediata y directa. El saber práctico por sobre el saber comprensivo-interpretativo. La tradición científica se fortalece frente a la ensayística: el experto es un especialista práctico, conocedor de técnicas de manipulación y control de los procesos socio-institucionales, de relaciones comunitarias, de la conservación y el cambio social. El consultor, profesional y experto, reconoce como punto de partida un conocimiento objetivo, científico. El valor de la objetividad técnica-instrumental, por sobre el de la performatividad político-social. Pero se trata de una objetividad reducida a lo tecnológico, con un desarrollo metodológico parcial y escasa fundamentación epistemológica: la técnica de análisis FODA y la organización por marcos lógicos son instrumentos de intervención y no de producción de conocimiento, su objetividad está limitada a la resolución de problemas prácticos que se presentan en horizontes temporales reducidos, y no a la observación reflexiva de la realidad social que demanda de una mirada por fuera de la urgencia del cambio inmediato, de la transformación vertiginosa, de la manipulación concreta.

Y no podía ser de otra manera: la democratización latinoamericana, las políticas de ajuste estructural y la consolidación del neoliberalismo durante los 80 y los 90 condicionaron la orientación de la producción de conocimiento de la sociedad: se privilegia la tradición científica frente a la ensayística, la búsqueda interna de objetividad se refuerza gracias a los valores democráticos –democracia y ciencia responden a valores seculares e inmanentes- pero son las exigencias tecnocráticas las que al final marcan el pulso de la producción de conocimiento en esas décadas¹⁵. El principio de validación del conocimiento de la sociedad no alcanza su nivel epistemológico, sino que se resuelve en lo técnico-práctico: es objetivo y racional aquel conocimiento que me sirve para manipular la realidad. El informe científico se reduce a la elaboración de recomendaciones tecnológicas y la formulación de recetas. La autonomía relativa de las ciencias sociales en Latinoamérica se ve acechada no sólo por la política, sino también por la economía del libre mercado.

Sin embargo, este reduccionismo epistemológico de las ciencias sociales de los 80 y 90 abrió una ruta de definición autónoma de la lógica de producción de las ciencias sociales: si bien al valorar la objetividad de un enunciado por su aplicabilidad técnica se reduce lo epistemológico a lo tecnológico, toda tecnología nos remite a una construcción mayor, a una fuente de conocimiento distinta, teórico-reflexiva, que opera por fuera de las exigencias de manipulación concreta y directa de la realidad. Esta remisión de sentido del hecho tecnológico abre una puerta de acceso a la construcción de conocimiento científico, si no es como

¹⁵ Un caso ilustrativo se presenta en Ecuador: durante la década de los noventa, mientras decae la figura del intelectual y de las ciencias sociales crítico-reflexivas, se registra un incremento de universidades privadas y carreras técnicas, ver Gallago, Anastasio, *¿Una universidad para el futuro?*, en *Contrato Social para la Educación, Educación... ¿para qué? Reflexiones desde la academia y las ciencias sociales*, Contrato Social por la Educación, Quito, 2007, p. 69)

hecho práctico, si como hecho valorativo: el reconocimiento de la objetividad científica como principio y valor.

El desafío frente a la segunda modernidad

En la forma de acoplamiento estructural entre el subsistema ciencia y los otros subsistemas de la sociedad se define el papel del conocimiento en la reproducción del sistema sociedad. En América Latina, la configuración del campo de producción del conocimiento científico de la sociedad definió su lógica interna orientado por los imperativos, primero de la política revolucionaria, y luego de las políticas de ajuste y la economía neoliberal. Se cierra el siglo XX con una definición heterónoma de la lógica interna del campo de producción de las ciencias sociales; heteronomía que condicionó el valor del conocimiento científico-social, no por su capacidad de descripción objetiva del mundo, sino por sus capacidades transformadoras, manipuladoras de la realidad social: el ensayo socio-político que moviliza a las masas para la revolución, o el informe de recetas a ser aplicadas de forma tecnológica y mecánica. Pero tanto críticos-reflexivos, como expertos consultores, responden a un piso común, actuaron bajo los mismos supuestos fundamentales, los de la primera modernidad, los de la era del Hombre¹⁶: la cultura antropocéntrica –el hombre en el centro del universo–, y la seguridad cognitiva –la confianza en el poder del conocimiento. El papel social del conocimiento se midió desde los patrones de la modernidad iluminista, la del Estado Nación y el industrialismo, de la clase social y la fábrica fordista.

Pero el mundo ha cambiado. Emerge la era de los hombres, de la flexibilidad y la desterritorialización, de las migraciones y las culturas nómadas, de los movimientos sociales y la globalización del riesgo. El principio de la reflexividad¹⁷ se impone: situación cognitiva de confrontación de los órdenes sociales con sus propios fracasos –crisis ecológica– y de permanente recursividad entre producción de conocimiento científico y construcción de la realidad social.¹⁸ Las sociedades de la segunda modernidad son reflexivas y científicas: viven en una duda permanente de las consecuencias de sus propios actos e integran recursivamente el conocimiento científico en su reproducción material –sistemas expertos– y socio-cultural –sistema de expertos. El papel del conocimiento científico-racional se vuelve cada vez más relevante y central. Es una urgencia, un imperativo funcional de la tardomodernidad. Para su auto-observación reflexiva, las sociedades de la segunda modernidad se valen del conocimiento científico-racional, y la autonomía relativa del campo de producción del conocimiento científico es condición, no suficiente, pero sí necesaria, para ello.

¹⁶Romero Castellanos, Rafael, Del Hombre a los hombres: por un cambio de paradigma en las ciencias sociales, en Ciencias Sociales, Revista de la Escuela de Sociología y Ciencia Política, número 22, Primer Trimestre, Quito, 2005

¹⁷ Josetxo Beriain, (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 1996.

¹⁸ Emilio Lamo de Espinosa, ¿Para qué ciencia social?, Salvador Giner, (comp.), *Teoría sociológica moderna*, Ariel, Barcelona, 2003.

América Latina no es ajena a esta realidad que es parte de su “futuro presente”, de su horizonte de expectativas cercano. Aspiramos a ser sociedades racionales, ecológico-reflexivas, sustentables y sostenibles. Es entonces que se vuelve necesario romper con el la marca de origen de las ciencias sociales latinoamericanas, con su sentido común, con su estilización en dos figuras –las ciencias sociales críticas y las ciencias sociales funcionales– y dos tipos de productores –el intelectual comprometido y el consultor experto. Las nuevas condiciones de reproducción de las sociedades exigen de una producción de conocimiento objetivo y autónomo, del encuentro entre la autonomía de la razón reflexiva y la disciplina de la objetividad científico-técnica. Para América Latina esto significa que el campo de producción de conocimiento de la sociedad requiere romper con su tradicional heteronomía: conformar una esfera de sentido y acción que responda a valores, principios y procedimientos científico-rationales, y no a demandas de justificación ideológico-políticas, o a meros requerimientos tecnológicos de las economías de libre mercado.

La producción de conocimiento científico depende en gran medida de los paradigmas a los que respondan los sujetos de ciencia, de su sentido común, de los valores, principios y métodos interiorizados y asumidos como válidos y legítimos. Por ello, pensar la producción científica es pensar a los sujetos-agentes de esa producción, desde donde actúan, producen y comprenden su actividad, sus resultados, sus éxitos y fracasos. ¿A qué valores e imágenes responde el productor de conocimiento de la sociedad en Latinoamérica? ¿Se trata de científicos sociales, intelectuales generalistas, pensadores políticos, tecnólogos sociales? La producción científica en función de la denuncia o de la receta es heterónoma y pretenciosa; en función del valor de la objetividad es crítica, incómoda y desgastante. Siempre se la hace al margen de los órdenes naturales y establecidos, por fuera de la confianza que nos proporciona el sentido común.

BIBLIOGRAFÍA

- Contrato Social para la Educación, *Educación... ¿para qué? Reflexiones desde la academia y las ciencias sociales*, Contrato Social por la Educación, Quito, 2007,.
- Habermas, Jürgen, *La lógica de las Ciencias sociales*, Tecnos, Madrid, 1988.
- Hofmeister, Wilhelm y Mansilla, H.C.F., (ed.), *Intelectuales y política en América Latina, El desencantamiento del espíritu crítico*, HomoSapiens ediciones, Rosario, 2003.
- Josetxo Beriain, (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, Barcelona, 1996.
- Luckmann, Thomas, *Teoría de la acción social*, Paidós, Barcelona, 2003.
- Morin, Edgar, *Sociología*, Tecnos, Madrid, 1998.
- Polo, Rafael, *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*, UASB-Sede Ecuador-ABYA-YALA-CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, Quito, 2002.
- Salvador Giner, (comp.), *Teoría sociológica moderna*, Ariel, Barcelona, 2003.
- Schutz, Alfred, *El problema de la realidad social, Escritos I*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.
- Weber, Max, *Economía y Sociedad, Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México, 2da edición, 1964.
- Weber, Max,, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973
- *Ciencias Sociales, Revista de la Escuela de Sociología y Ciencia Política*, Universidad Central del Ecuador, número 22, Primer Trimestre, Quito, 2005.
- *Pensamiento de los Confines*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, número 14, junio del 2004.